**AGRADECER, DAR GRACIAS DE CORAZÓN:
PERMANECER EN SANTA ALEGRÍA.**

Hna. Angela Cabrera – Rep. Dominicana

La primera lectura nos recuerda a Ana, la madre de Samuel. Su relato nos enseña a ser persona grata y agradecida con los favoreces de Dios. Ella, siendo estéril, suplicaba ardientemente un hijo; tanto pedía que la llegaron a confundir con una persona borracha. Y cuando esta mujer, por fin, recibió la bendición deseada, luego de haberlo amamantado se lo donó al Señor, en agradecimiento; lo llevó al templo, para que se consagre, y de vez en cuando iba a verlo y a llevarle su ropita.

Impulsada por la alegría plena, Ana inaugura el Magníficat del Antiguo Testamento, que en las lecturas de hoy aparece como Salmo. Su alma se transformó en un canto de acción de gracias. Su felicidad, su dicha, tuvo motivo y nombre. Dios es autor de maravillas. No se equivocó cuando confió en Él. Tengamos en cuenta que cuando no se reconocen los favores que Dios nos hace no hay cómo agradecer. La gratitud nace con la memoria. El agradecimiento, a su vez, es el colchón de la alegría.

El evangelio, en este sentido, nos trae el cántico de María. La Madre nos dice que tenemos motivos para estar alegres. Ella es Madre espiritual que nos enseña a identificar aquello más grande que Dios tiene, su misericordia. María ha experimentado la misericordia de Dios en su vida; Él la miró y la eligió para ser Madre. Contempla a Dios tanto en su vida como en la sociedad. En la voz de María se sintetiza la fiesta de todos los pobres y los necesitados de salvación.

Este privilegiado tiempo, casi entrando en el gran acontecimiento de la Navidad, nos invita a agradecer más y a quejarnos cada vez menos. No es tiempo de refunfuñar, de lamentarse, de reclamar por cualquier cosa que haga falta, cuando el gran regalo, Jesús, nos está llegando a las puertas.

Señor, como Ana y como María, queremos detenernos para cantarte, alabarte y bendecirte. Auméntanos la fe, Señor. Abre los ojos de nuestro entendimiento para comprender aquello que estamos celebrando. Enséñanos a decir gracias por todas las cosas, especialmente las más pequeñas. Gracias, Señor, por la paciencia que nos tienes. Gracias porque nos entregas a tu Hijo Jesús.

1. ¿Estoy dispuesto a dejar la queja y a agradecer más?

2. ¿Soy persona que contempla, agradece y se alegra, por las maravillas que Dios hace en el día a día? ¿Qué podría distraerme para no agradecer?

3. ¿Soy persona que fomenta el verdadero sentido de la alegría en Navidad en mi familia y en mi comunidad?